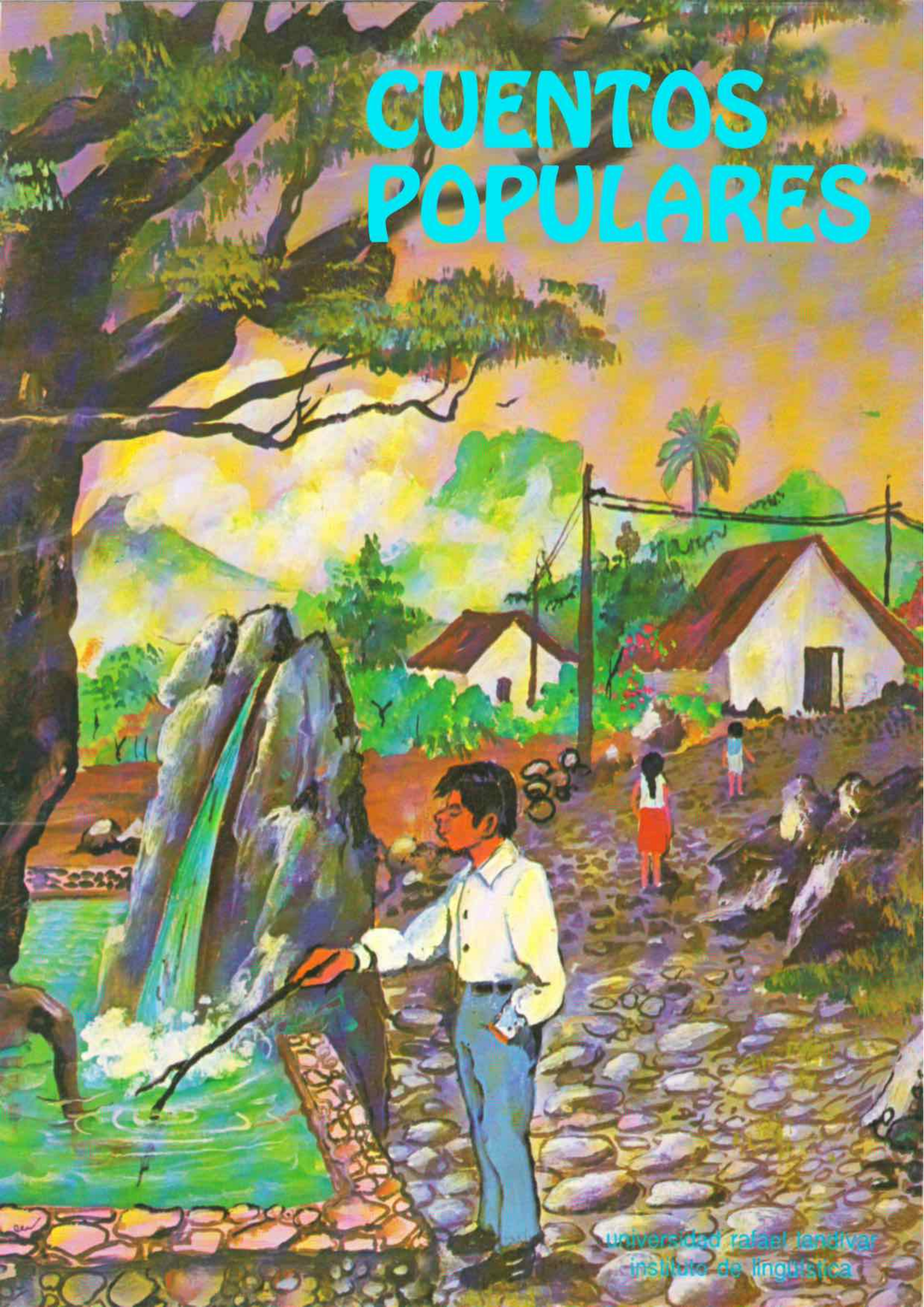


CUENTOS POPULARES



Cuentos populares de Guatemala

Moris A. Polanco Barrera, editor

Instituto de Lingüística
Universidad Rafael Landívar
Guatemala, 1989

Colección "Lirica y narrativa tradicional de Guatemala", 4
Serie Castellano, 4. Cuarto nivel
Directora de la colección: *Guillermina Herrera Peña*
Editor: *Moris Polanco Barrera*
Recopilación y transcripción: *Moris Polanco Barrera*
Portada: *Mario Roberto Vásquez*
Impresión: *Litografías Modernas, S.A.*
© 1989 Universidad Rafael Landívar, Guatemala

PRESENTACION

El folclor narrativo de Guatemala es una veta hasta ahora sólo aprovechada por investigadores de la literatura y científicos sociales. En los últimos años, sin embargo, el progreso alcanzado por la investigación sobre folclor aplicado a la educación, ha preparado el terreno para el aprovechamiento del material folclórico en la escuela, con vistas a alcanzar una de las principales finalidades de esta institución: integrar al niño en su comunidad y en la cultura de su país.

Con la idea de colaborar con los esfuerzos que se vienen realizando en Guatemala por una educación bilingüe e intercultural, se ha abierto la colección "Lírica y narrativa tradicional de Guatemala", en la que tendrán cabida cuentos, poemas y canciones de la tradición oral de Guatemala, tanto del castellano como de las otras lenguas que se hablan en el país. Nuestra idea es que estos libros puedan usarse como material de lectura complementaria, y por eso la colección se ha dividido en cuatro niveles, de acuerdo al grado de conocimiento de la lengua y al grado de dominio de las habilidades de lectura de los niños.

Este libro contiene cuentos recopilados en comunidades del departamento de Jutiapa en los meses de julio y agosto de 1989. Tomando en cuenta su valor como cuentos tradicionales, se evitó alterar su contenido o modificar su estructura. En cuanto a la transcripción, se optó por utilizar el castellano estándar en la parte narrativa y una transcripción lo más clara posible del habla en los diálogos. En el glosario se recogen las palabras que pueden ser nuevas para los niños de este nivel, así como los usos dialectales.

La apertura de esta colección ha sido posible gracias al apoyo económico del Gobierno de Holanda y del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo. A ellos, nuestro agradecimiento.

ÍNDICE

Presentación

El muchacho que llegó a ser alcalde

El arriero y el barbero

Los caites de cuero crudo

El adivinador

Los tres consejos

Federico Gallardo

Glosario

EL MUCHACHO QUE LLEGO A SER ALCALDE

Había una vez un pueblo muy próspero que tenía un parque muy bonito. En el parque había un árbol y una fuente que eran el orgullo de los vecinos. Pero sucedió que un día, el árbol y la fuente se empezaron a secar, y nadie sabía por qué.

El alcalde de ese pueblo, que era un hombre oportunista, ofreció dar una recompensa a la persona que le averiguara por qué se estaban secando la fuente y el árbol. Llegaron sabios de todas partes y hombres eminentes que vieron el árbol y examinaron la tierra; pero no pudieron averiguar qué pasaba con el árbol y la fuente.

La gente del pueblo tenía la creencia de que en la montaña vivía un ogro que todo lo sabía, pero que se comía a las personas después de resolver sus dudas.

En el pueblo vivía un muchacho arrojado, de esos que no le tienen amor a la vida, que se llamaba Juan. Al enterarse de la noticia, pensó en ir a buscar al ogro para preguntarle por qué se estaban secando la fuente y el árbol.

Los familiares y amigos del muchacho le aconsejaban que no intentara hacer semejante cosa, pero él pensaba: "Vale la pena, porque obtengo una buena recompensa, y también salvo al pueblo.

Yo voy". Le dijo a su mamá que le preparara víveres, y partió rumbo a la montaña.

Juan caminó todo el día, y en la noche llegó a un ranchito. Allí le preguntaron que para dónde iba, y él les contó sus intenciones y el motivo que lo animaba. Sus huéspedes trataron de desanimarlo, pero él siguió firme en sus propósitos.

-Ya que no quiere desistir de ir -le dijo el señor de la casa-, si en caso llega, pregúntele al ogro que dónde podemos encontrar la llave de la cómoda, que se nos ha perdido, y nos da lástima romperla.

-Está bien -les respondió Juan.

A la mañana siguiente, Juan continuó su camino.

Más adelante, llegó a otro ranchito, en el que pidió posada. También allí le aconsejaron que no fuera, porque era peligroso, pero él no cambió de idea.

-Bueno, ya que no podemos persuadirlo de que no vaya -le dijo la señora de la casa-, háganos un favor: pregúntele qué medicina le podemos aplicar a esta muchacha que está enloqueciendo y no hallamos cómo curarla.

-Está bien -le respondió Juan-, en mi regreso les cuento.

-Tan seguro está de que va a regresar... -comentó la señora.

En la mañana, Juan siguió su camino. Después de mucho caminar, llegó a un gran río, muy caudaloso. El iba a intentar cruzarlo, pero se detuvo al oír que un hombre enorme lo llamaba, diciéndole que se esperara. Este hombre, cuando llegó a donde estaba Juan, insistió en pasarlo a la otra orilla, llevándolo sobre sus hombros. El muchacho accedió.

Cuando estuvieron en la otra orilla, el hombre le preguntó a Juan para dónde iba, y él le contó su historia.

-Ah, muchos han pasado por aquí, pero no han regresado; pero si en caso usted lograra regresar, pregúntele que cuándo me van a quitar este castigo.

-¿Qué castigo? -le preguntó Juan.

-Si yo aquí estoy obligado -le respondió el hombre-; hay una fuerza que me obliga a pasar a todo el que viene aquí. Es muy raro el que quiere pasar, pero yo tengo que estar aquí siempre.

-No se preocupe, a mi regreso le traigo la noticia -le dijo Juan. Y siguió caminando.

Después de caminar por entre la tupida selva de la montaña, llegó a una meseta donde se asentaba una casa. Juan vio a una anciana que barría a la puerta de la casa. La anciana le hizo señas de que se acercara, y cuando estuvo con ella, le preguntó qué buscaba. El muchacho le contó su historia, y entonces ella le dijo:

-Yo soy la mamá del ogro. Ahorita mi hijo no está, pero te voy a ayudar: metete debajo de esta olla; desde aquí vas a escuchar. Yo le voy a hacer las preguntas. Escuchá bien, y cuando él se vaya, yo te vengo a sacar.

-Está bien -le dijo Juan, y se metió bajo la olla.

Cuando llegó el ogro, cansado, le dijo a su mamá:

-Qué huele a carne humana...

-No hijo, es tu cansancio y el hambre que traés.

-No, aquí vino gente -insistía el ogro.

-Sí, vino pero se fue; el olor quedó nada más. Vení: descansa, comé.

-Y ese que andaba aquí, ¿qué quería? -le preguntó el ogro.

-Mirá, este dice que traía cuatro preguntas: la primera, que dice una señora que dónde pueden hallar la llave de la cómoda que no la pueden abrir y les da lástima romperla...

-Ah, si allí atrás de la puerta está botada la llave, que la busquen allí.

-Vaya, qué lástima que no está el muchacho... Y la otra era que hay una muchacha que se está enloqueciendo y no hallan con qué curarla.

-Uhm, qué gentes, sí les falta mucho: en el patio de la casa hay unas plantitas con las florecitas moradas. Que 'cozan' de esa agua y le den a beber, con eso se cura la muchacha. Es una locura pasajera ésa, ya luego se va a componer. ¿Y la otra, mamá?

-Dice un señor que está pasando gente en el río que tiene una fuerza que lo obliga, y que cuándo le van a quitar ese castigo.

-Eso es fácil: que bote uno a medio río, y se le quita el castigo. ¿Y la otra?

-Pues que en el parque del pueblo donde el muchacho vive, dice que allí está un árbol que se está secando, y la fuente también se está secando.

-Eso es más fácil: en una raíz que tiene cerquita de la fuente le metieron un clavo -a saber qué travieso se lo metió-; que le saquen el clavo y le pongan un poco de cera. El árbol ya no se va a secar así, ni la fuente tampoco.

-Vaya, pues, si vuelve a venir le voy a decir todo eso.

-Sí, dígame todo eso... -le dijo el ogro, y se quedó dormido.

Entonces la viejita levantó la olla, y le dijo a Juan:

-¿Oíste? ¿Se te quedó?

-Sí -le respondió él.

-Andate, pues -le dijo la anciana, y lo sacó con cuidado de la casa.

Cuando Juan se aproximaba al río, el hombre grande lo vio y se quedó asombrado: "Ve, no se lo comió el ogro; más bien que éste no fue", pensaba. Pero cuando el muchacho se aproximó, le pudo preguntar:

-¿Y que te dijo el ogro? ¿Me hiciste el mandado? ¿Llegaste?

-Sí -le respondió Juan.

-Ah, no te lo creo...

-Bien -le dijo Juan.

-¿Y qué te dijo de mí? -le preguntó el hombre.

-Ah..., pasame primero al otro lado y allá te cuento, porque así me dijo que te dijera.

Así que lo hubo pasado, le dijo Juan al hombre:

-Mirá, dijo que ese castigo se te va a quitar el día que dejés caer uno en medio del río.

-Ah, cómo no me lo dijiste antes... -le dijo el hombre.

-No, 'ay' te voy a mandar uno -le ofreció Juan.

-Siempre, muchas gracias por el mandado. Ahora ya sé: el próximo que venga...

Juan se despidió y siguió su camino.

En la noche llegó donde la señora que tenía a su hija enferma.

-¿Qué pasó? ¿Llegó? -le preguntó la señora.

-Sí -le dijo él-; muy bonito, no lo come a uno.

-Mire, ¿y el mandado?

-Sí. Dijo que en el patio de la casa ustedes tienen unas plantitas con flores moradas... que corten un 'masucho' de éstos, 'cozan' agua y le den a beber a la niña, y con eso se va a componer.

Inmediatamente mandó la señora a sus sirvientes a que le prepararan la medicina para su hija y, tal como lo deseaban, a la mañana siguiente la niña despertó como si nunca hubiera estado enferma.

-Mire, cuánto le agradezco -le dijo la señora a Juan-. Yo había ofrecido una propina para el que me salvara a mi hija; es que yo no hallaba médico que la curara, viera cómo he luchado. Así que acepte esta bolsa de 'pisto'.

-No -le dijo él.

-Cómo no -insistió ella-, y llévese esa vaca también.

Por último, Juan accedió, y se fue de la casa con su recompensa bien ganada.

Al caer la tarde, llegó a la casa de los señores que habían perdido la llave de su ropero.

-¿Y qué tal? ¿Cómo le fue? ¿Le dijo dónde estaba la llave? -le preguntaron los esposos a Juan.

-Pues mire, la vamos a ir a buscar, dice que detrás de la puerta está.

Tal como había dicho el ogro, la llave se encontraba detrás de la puerta de la habitación de los esposos.

-¡Ve, y nosotros tanto buscarla por otro lado! Qué íbamos a pensar... Nos salvó la cómoda. Mire, llévese aunque sea esa novillita, en recompensa.

Él no quería, pero tanta fue su insistencia, que terminó accediendo.

Cuando llegó al pueblo, la gente comentaba acerca de él; pero nadie le creía que hubiera llegado hasta la casa del ogro.

-¿Y qué hubo? ¿Llegaste? -le preguntaban los más viejos cuando llegó a la plaza donde estaba el árbol.

-Vos no llegaste -decían otros atrás.

-Cómo no, sí llegué -afirmaba él con confianza.

-¿Y qué dijo del árbol?

-Miren, dijo que hay una raíz que tiene un clavo metido, que a saber quién de ustedes se la metió...

-Vamos a ver -dijo uno entusiasmado.

Efectivamente, como había dicho el ogro, hallaron el clavo, se lo sacaron y rellenaron el agujero con cera.

Poco más tarde, cuando todos comentaban la proeza de Juan, se presentó el alcalde con aire de incredulidad.

-¿Vos fuiste? -le preguntó.

-Sí -le respondió él-; con que hasta vacas me regaló, mire, y me regaló 'pisto' -le dijo, enseñándole el dinero que le había dado la señora. Me regalaba más, pero yo no quise traer más, porque cuesta mucho, no porque mire..., contento él, ni quería que me viniera yo.

-¿De veras, no? ¿Y por qué no te trajiste más vacas? -le preguntó

el alcalde.

-Ah, mucho cuesta 'arriarlas'; no porque mire, como cien me regalaba; a él le gusta que lo lleguen a visitar.

-Mirá, te vas a quedar de alcalde -le dijo-, y voy a ir yo a visitarlo, a agradecerle en nombre del pueblo lo que ha hecho.

Cuando el alcalde llegó al río, después de tres días de camino, encontró al hombre grande, quien inmediatamente se ofreció a pasarlo. El alcalde le aceptó su ofrecimiento, pero cuando iban a medio río, el hombre hizo como que se caía y botó al alcalde, y ya no se supo más de él, con lo cual Juan se quedó de alcalde de aquel pueblo.

EL ARRIERO Y EL BARBERO

Había una vez un arriero que vivía con su mujer. Todos los días iba al pueblo con su burro cargado de leña. La esposa tenía un pavo que estaba engordando, y un día le dijo a su marido:

-Mirá, vos, llevame el chumpipe a venderlo.

-Está bueno -le contestó el arriero-, amarralo.

El arriero puso al pavo encima de los tercios de leña que llevaba para vender, y se fue al pueblo.

Al llegar al pueblo, pasó enfrente de una barbería. El barbero, al verlo pasar, le dijo:

-¿Vendés la carga?

-Para vender la traigo -le contestó el arriero.

-¿Cuánto querés? -le preguntó el barbero.

-Cincuenta quetzales -le respondió el arriero.

-Tomá, te la voy a pagar ya -le dijo el barbero, y se la pagó.

El barbero ayudó al arriero a descargar la leña, y puso al pavo junto con la leña. Cuando el arriero notó que el barbero quería quedarse con el pavo, le dijo:

-¿Y el chumpipe?

-¿Cómo el chumpipe? Ese te lo compré también -le contestó el barbero.

-No -le dijo el arriero-, el chumpipe no me lo ha comprado. Yo le vendí la leña.

-Yo te compré la carga, y así es que no tenés que reclamar.

-Pues voy a acudir al señor juez -le dijo el arriero.

-Pues andá -le dijo el barbero.

El arriero se fue a pedirle auxilio al juez. Le planteó el asunto tal como había sucedido, y el juez ordenó que llegara el barbero. Entonces le dijo el juez:

-¿Por qué no querés pagar el chumpipe?

-Se lo compré -le dijo el barbero-, y se lo pagué de una vez; yo le compré la carga. Acordate que te dije si vendías la carga -le dijo al arriero-, y me dijiste que sí; entonces te la pagué de una vez. Ahora me reclamás el chumpipe...

-¿Así fue? -le preguntó el juez al arriero.

-Sí, así fue -le contestó él.

-Pues estás perdido; andate: está perdido -concluyó el juez.

-Está bueno -dijo el arriero.

Cuando llegó a su casa, le dijo la esposa:

-Dame mi pisto del chumpipe.

-Fijate que fiado lo dejé -le dijo él.

-Ah, ¿y por qué? -le preguntó la mujer.

-Lo dejé en buenas manos -le respondió él. En mi próximo viaje te traigo tu dinero; lo dejé bien vendido.

El pobre arriero se quedó pensando a ver de qué manera podía recuperar lo perdido... "Ya pensé", se dijo. Al siguiente día, se cambió de vestuario, ensilló su burro y se fue al pueblo. Al llegar, amarró el burro cerca de donde el barbero, y se fue con él.

-¿Por cuánto me rasura a mí y a mi compañero? -le dijo al barbero.

-Por cuatro quetzales -le respondió él.

-Entonces le voy a pagar ya -le dijo el arriero, y le pagó. Rasúreme a mí primero.

Cuando lo hubo rasurado a él, le dijo el barbero:

-Andá a traer a tu compañero.

Y llegó el arriero con el burro...

-Cómo crees que te voy a rasurar ese burro -le dijo el barbero.

-Es mi compañero -le contestó él.

-Pero yo no lo rasuro...

-Me lo tiene que rasurar, porque ya recibió el pago.

-No lo rasuro -insistió el barbero.

-Pues voy donde el juez -le dijo el arriero.

El arriero se fue con el juez, y le contó que él le había pagado por que lo rasuraran a él y a su compañero, y que ahora el barbero no quería rasurar a su compañero. El juez mandó llamar al barbero...

-Por qué no querés rasurar al compañero de éste -le preguntó.

-¡Señor, es un burro...!

-Pero es mi compañero -intervino el arriero-, y ya le pagué.

-Pero un burro, vos... -le dijo el juez al arriero.

-Sí, un burro -le contestó él-. Acuérdesese que usted mismo me sentenció perdedor cuando vendí la carga, y allí no iba a cuenta el 'chumpe'. Ahora yo le estoy reclamando legalmente porque le pagué por mí y por mi compañero.

-Es cierto -dijo el juez. Rasuralo.

Y no le quedó otra salida al barbero que rasurar al burro, enfrente del juez.

LÓS CAITES DE CUERO CRUDO

Este cuento es de dos compadres, uno rico y uno pobrecito. El pobrecito tenía una vaca muy bonita, y el rico tenía bastantes vacas. El rico tenía envidia de que el compadre tuviera una vaca tan bonita, y quería comprársela; pero el compadre pobre no la quería vender.

-No la vendo, compadre -le decía-, fíjese que sólo esa tengo.

-Véndamela, compadre, -insistía el rico.

Pero un día de tantos, llegó el rico a la casa de su compadre, y le dijo:

-Compadre, viera cómo se están vendiendo los caites de cuero crudo en el mercado... De esa su vaquita salen lo menos unos cien pares -le dijo-, y hace un dineral.

-¿De veras? -le dijo el pobre.

-De veras -le contestó el rico.

-Mirá vos -le dijo a su mujer-, 'matémola'. Vos vendés la carne y yo hago los caites y los voy a vender a la plaza.

-Está bueno -le dijo la mujer.

El compadre pobre mató su vaca, y se puso a hacer los caites de la piel del animal. Cuando terminó, se fue a venderlos al mercado.

En el mercado del pueblo, nadie le compraba los caites al compadre, porque despedían mal olor y se habían llenado de moscas. Pero al fin de tantas, pasó un hombre pobrecito, y le dijo:

-¿Qué vende allí?

-Son caites.

-¿Y a cómo los da?

-A dos reales.

-Véndame un par -le dijo, y le compró un par. El compadre se echó los dos reales a la bolsa, y se quedó esperando a ver si lograba vender más.

Al poco tiempo, pasó por allí un policía.

-Bueno... -le dijo el policía-, ¿y qué está vendiendo allí?

-Son caites -le dijo el compadre.

-Eso me lo quita de aquí inmediatamente y me lo va a arrojar a la barranca, isin más tardar!

Al compadre no le quedó más remedio que obedecer al policía, y fue a tirar sus caites.

Al regresar al mercado, muy triste, vio a un hombre que estaba vendiendo máscaras, y pensó: "Hombre, con esta máscara voy a alegrar a mis muchachitos. Se las voy a llevar para que jueguen". Era una máscara que representaba al Diablo. Como no pudo comprar más, tomó camino para su casa. Ya era bastante tarde.

En el camino se encontró con unos ladrones, que lo tomaron preso con todo y sus mulas.

-‘Arreye’ las bestias -le dijeron-, y lo obligaron a seguirlos.

Cuando entró la noche, los ladrones decidieron acampar, y le ordenaron al compadre que les ayudara a descargar sus mulas. El compadre no lo sabía, pero lo que los ladrones llevaban en las mulas eran bolsas cargadas de dinero.

Los ladrones hicieron una fogata para comer y calentarse, pero al compadre no le permitieron acercarse.

Cuando los ladrones se acostaron, el compadre se acercó a la fogata para ver qué habían dejado los ladrones de comida; pero al no encontrar nada, se puso a atizar el fuego.

En el silencio de la noche, lo empezaron a molestar los zancudos. “Hombre,” pensó, “la máscara me puede servir para que no me piquen la cara los zancudos”; entonces fue y sacó la máscara de la bolsa, y se la puso. Y así se fue quedando dormido, sentado, cerca del fuego.

En eso, despertó un ladrón, y lo vio: “¡Gran poder de Dios”!, dijo, y tocó a otro:

-Mirá -le dijo-, el Diablo. El también despertó a su compañero:

-El Diablo -le dijo.

Cuando se ya se habían avisado cinco de los ladrones, el último en despertar dio un grito:

-¡El Diablo! -dijo-, y salió huyendo. Entonces todos los demás se levantaron y corrieron detrás de él.

El compadre estaba un poco retirado, pero alcanzó a oír el grito del último ladrón. El no se acordaba de que tenía puesta la máscara,

-¡Ja, cálese compadre! Mire -le dijo-, usted me ha hecho feliz..., pase adelante, venga a ver compadre. Mire cuánto dinero me dieron por un sólo cuero que hice caites. Y ahora usted, con ese vaquerío..., no le cabe en la casa el dinero que va a traer de hacer tanto caite...

-¡Ah!, a matar, muchachos -dijo el compadre al regresar a su casa.

Y se puso a matar vacas...: las más grandes, porque tenían más cuero, y a hacer caites...

Así que hizo los montones de caites, cargó a las mulas y se fue a la plaza a vender. Al poco tiempo se le llenaron de moscas. Entonces, unos vecinos fueron a quejarse con la policía, porque los caites despedían muy mal olor. Y llegó el mismo policía que había despedido antes al compadre pobre:

-Ayer sacamos a uno que venía con un 'pushito'..., y ahora venís vos con tanto, ¡a botarlo! -le dijo.

Como el compadre no quería botarlos, además de quitárselos, lo apalearon. Y así, sin nada y todo golpeado, tomó camino de regreso a su casa el compadre rico.

-¿Cómo te fue, vos? -le dijo la mujer cuando llegó.

-Callate -le dijo- a mí me 'mataron'...

A todo esto, el compadre pobre ya se había ido lejos del pueblo con su dinero.

...de la cultura...
...de la cultura...
...de la cultura...

...de la cultura...
...de la cultura...

...de la cultura...
...de la cultura...

...de la cultura...
...de la cultura...
...de la cultura...

...de la cultura...
...de la cultura...

...de la cultura...
...de la cultura...
...de la cultura...

...de la cultura...

...de la cultura...

...de la cultura...
...de la cultura...

EL ADIVINADOR

Había una vez una pareja muy pobre. El marido -a quien llamaban Escarabajo- no encontraba trabajo, y ambos, marido y mujer, pasaban mucha necesidad. Un día, Escarabajo le dijo a su mujer:

-Se me ocurre una idea.

-¿Y eso de qué? -le preguntó ella.

-Me voy a hacer adivinador.

-Escarabajo... -le dijo la mujer-, ¿qué vas a andar adivinando vos?

-Bien, ya vas a ver.

Y se fue una tarde donde estaban lavando las mujeres, y a una de ellas le tomó toda la ropa y la fue a esconder. Cuando ellas recogieron su ropa, se dio cuenta la mujer de que le habían robado la suya. Entonces él, paseándose por allí, le dijo a la mujer:

-¿Qué le pasa?

-Me robaron la ropa, mire... -le contestó ella.

-No se aflija, vamos a hacer unas 'cachitas' aquí; yo sé algo de brujería -le dijo él.

Entonces, Escarabajo encendió un fueguito y empezó a echar unos polvos que ya llevaba preparados. Luego, tomó unas barajas, y miraba para dónde tomaba el humo, y otras cosas por el estilo. Por último, le dijo a la mujer:

-Mire, en esta dirección está la ropa; no está perdida. Véngase - y se la llevó.

Por aquí, por aquí -decía él, al mismo tiempo que consultaba la baraja que llevaba.

Por último, encontraron la ropa en el lugar en que él la había dejado escondida.

-Aquí está, mire -le dijo a la mujer.

-Ay, señor, usted sí que es bueno para adivinar -le dijo ella-; ¿y cuánto le debo?

-No, no me debe nada -le contestó él-, pero si me quiere dar algo, no me cae mal.

Entonces vino la mujer y le regaló unos centavos. Y así se fue él contento.

A los pocos días, se supo en el lugar que se había perdido una mula.

-Vayan con don Fulano -dijo la mujer-, aquél que le dicen Escarabajo; ése es bueno para adivinar. A mí me adivinó... -y la mujer les contó el caso.

Entonces, los dueños de la mula extraviada llegaron con él, y le

dijeron:

-Mire, señor, dicen que usted puede adivinar, hallar las cosas perdidas...

-Pues..., he hecho la 'cacha'.

-A mí se me perdió una mula.

-Ajá... Permítame... ¿Cómo era la mula?

-Así..., así... -le dio todas las indicaciones sobre la mula.

Entonces Escarabajo se acercó un poco al polletón, donde todavía estaban encendidas unas brasas, y echó sus polvitos...

-Mire, la mula no está perdida; la mula quisieron robársela, pero no pudieron. Allá en su potrero, donde pasa una quebradita, por allí está amarrada -les dijo.

Escarabajo sabía dónde estaba la mula, porque él mismo la había ido a esconder.

Los señores se fueron a buscar su mula, y, en efecto, la encontraron donde les había dicho Escarabajo. Luego, regresaron a darle las gracias al adivinador, y lo recompensaron espléndidamente, porque la mula era muy cara.

Algún tiempo después, a la hija del rey se le perdió una sortija, y mandaron llamar a Escarabajo.

-¿Y ahora? -le dijo su mujer.

-Hoy si ya me llevó la trampa...

Cuando llegó, le dijo el rey:

-Lo he mandado llamar, porque dicen que usted adivina. A mí

hija se le perdió una sortija. Así es que aquí tiene usted. Diga qué es lo que necesita para averiguar dónde está la sortija, quién se la ha robado, o en dónde está. Quiero que aparezca porque vale mucho dinero.

-Pues mire -le dijo él-, deme un cuarto; me da unas dos candelas, y..., necesito dos días, para averiguar.

Pero él lo que necesitaba era tiempo, para escaparse del palacio.

En su cuarto, él hacía como que trataba de adivinar, porque dos guardias lo vigilaban día y noche y notificaban al rey de todo lo que hacía.

Por el palacio se corrió noticia de que había llegado el "gran adivinador", y que pronto se encontraría la sortija de la princesa.

La sortija la habían robado tres sirvientes del palacio. Al enterarse de que estaba en palacio el adivinador, se reunieron para platicar.

-Mirá, vos -decía uno de ellos-, ¿qué hacemos? A éste no se le escapa nada, y si nos descubre, nos van a ahorcar.

-Mirá -dijo otro-, hay que hablar con él. 'Devolvámole' la sortija, y que él nos cubra el secreto.

-Pero..., ¿y si para mañana ya lo ha descubierto?

-Mirá, andá choteá vos a ver que está haciendo -le dijo el jefe de la banda a uno de ellos.

Entonces el ladrón que iba a ir a hablar con el Escarabajo, pensó: "A la una de la madrugada es buena hora para que vaya a hablar con él".

En el cuarto de Escarabajo había un reloj de pared, que daba las horas con un fuerte campanazo. Cuando iba a dar la una -él no se podía dormir, pensando en el problema en que se había metido-, se

acercó a su cuarto el ladrón. En eso, sonó el reloj.

-La una -dijo el Escarabajo.

Al oír esto, el ladrón salió corriendo. Cuando llegó donde los demás, les dijo:

-Miren, 'muchá', hoy si que nos 'fregamos'. Cuando yo iba llegando dijo: "Ya vino uno".

-¿De veras vos? -preguntó otro.

-¿Y hoy cómo hacemos? -decía otro. Y así se estuvieron durante un buen rato, deliberando qué acción tomar.

Finalmente, otro de los ladrones se ofreció a ir a hablar con Escarabajo.

Se repitió la historia: cuando llegó el segundo ladrón, eran cerca de las dos, y Escarabajo, que no se había dormido, al escuchar el campanazo del reloj, dijo: "Las dos".

El ladrón entendió que había dicho "ya van dos", y salió huyendo.

Cuando llegó con sus compañeros, les contó:

-Sí, 'muchá', es cierto. Cuando yo llegué dijo: "Ya van dos, sólo falta uno", y me vine yo corriendo.

-¡Ah...!, exclamaron los otros.

Finalmente, se decidieron a ir los tres, dispuestos a decirle toda la verdad, porque se daban cuenta de que no tenían escapatoria.

Al tiempo que iban llegando los tres, dieron las tres de la mañana, Escarabajo iba saliendo de su cuarto con intenciones de escapar, y se topó con ellos... Los cuatro se asustaron. Se asustó él, y se asus-

taron ellos, porque él pensó: “Ya me ‘fregaron’ estos, no puedo irme”; y los ladrones pensaron: “Ya nos ‘fregamos’ porque ya salió él a nuestro encuentro”.

-¡Ay, señor! -le dijo uno de los ladrones-, háganos un gran favor...

-¿Y eso de qué? -les preguntó él.

-Cúbranos el secreto... aquí está la sortija. Mire cómo hace, porque a nosotros nos ahorcan por esto.

-No tengan pena -les dijo él-, yo ya sabía que ustedes eran los que la tenían, pero ahora vamos a ver cómo hacemos para que no los ahorquen.

Los ladrones estaban admirados de lo fácil que les había sido convencerlo de que les ayudara...

-¿Dónde está el baño de la muchacha? -les preguntó él.

-Aquí, mire -le señalaron los ladrones.

-Bueno, la vamos a meter en esta rajadurita del baño, y yo voy a decir que aquí está; pero mucho cuidado..., no vayan a mencionar nada de esto.

Los ladrones se mostraron muy agradecidos con Escarabajo, y trataron de pagarle con dinero y otras cosas.

Al otro día, el rey invitó a Escarabajo a desayunar con él.

-Pero..., antes que nada -le dijo el rey-, ¿ya adivinó?

-Ya, Señor rey -le dijo-: en una rajadura se le fue a ella su sortija.

-Vamos a ver -dijo el rey, levantándose de la mesa.

EL MUNDO DE LOS DIOS

Este libro es el resultado de una investigación que he realizado durante los últimos años de mi vida. He querido contar con la colaboración de los lectores para que este libro sea más útil y más interesante para todos.

Los datos que he recogido en este libro son los siguientes:

1. El mundo de los dios.

Este libro es el resultado de una investigación que he realizado durante los últimos años de mi vida. He querido contar con la colaboración de los lectores para que este libro sea más útil y más interesante para todos.

Comparto este libro con todos los lectores que deseen conocer más sobre el mundo de los dios. He querido contar con la colaboración de los lectores para que este libro sea más útil y más interesante para todos.

Este libro es el resultado de una investigación que he realizado durante los últimos años de mi vida. He querido contar con la colaboración de los lectores para que este libro sea más útil y más interesante para todos.

Este libro es el resultado de una investigación que he realizado durante los últimos años de mi vida. He querido contar con la colaboración de los lectores para que este libro sea más útil y más interesante para todos.

Este libro es el resultado de una investigación que he realizado durante los últimos años de mi vida. He querido contar con la colaboración de los lectores para que este libro sea más útil y más interesante para todos.

LOS TRES CONSEJOS

En una aldea vivía un señor muy pobre, con su mujer y tres hijos. El trabajaba en el campo, pero nunca salía de pobre. Un día, le dijo a la mujer:

-Mirá, yo voy a ver si hallo fortuna por otro lado, porque ya ves que yo tanto trabajar aquí y tan pobre que estoy...

-Está bueno -le dijo la mujer-. Mientras tanto, en lo que vas por allá, yo voy a ver qué puedo hacer aquí.

Y se fue. Después de mucho caminar, llegó a una hacienda. Allí pidió trabajo, y se quedó como por un año. Al hacer las cuentas, vio que no le convenía seguir allí, y se fue a buscar trabajo a otra parte. Encontró por otro lado, pero al cabo de un año se fue también...; y así se estuvo, hasta que llegó donde un señor que le pagaba mejor. Con este señor estuvo trabajando como tres años. Al final, aunque no había logrado hacer mucho dinero, ya quería regresar a su casa, y le dijo al señor de la finca que quería que hicieran cuentas...

-Mirá -le dijo el señor-, para que mejores tu fortuna deberías cambiar de sistema: o te pago lo que te debo, o te doy los tres consejos, que fueron los que me hicieron a mí feliz.

-¿Ah sí...? -le dijo él-. Mire, déjeme toda la noche para pensarlo, a ver por qué me decido, si por los tres consejos o por el dinero que me debe.

-Está bien -le dijo el señor.

Pasó toda la noche pensando: “Ah, qué mala suerte. Yo soy un desgraciado. Tanto trabajar y no poder hacer nada por ningún lado... Y aquí, a saber cuánto será lo que este señor me debe... Tres consejos..., a saber qué misterio tiene eso”. El pensaba mucho, y al final se decidió por los tres consejos.

En la mañana, llegó con el señor:

-Señor -le dijo-, me he decidido.

-¿Qué pensaste al fin? -le preguntó el señor.

-Deme los tres consejos -le dijo él-. De todas maneras, con lo poquito que me va a pagar no voy a hacer nada; tal vez los tres consejos me hacen feliz.

-Vaya. Escuchá bien, pues -le dijo el señor-: primero: “No camines por veredas”, ¿oíste bien?: No camines por veredas.

“Ah..., qué consejo éste”, pensó él, y no le gustó mucho.

-El segundo -continuó diciéndole el señor-, es éste: “No preguntes lo que no te importa”. ¿Se te grabó?

-Sí -le respondió él.

-Y por último: “No rompas con la primera”. Esos son los tres consejos; yo los puse en práctica, y por eso me hice feliz.

“Este me engañó”, pensó él, “pero bien, qué voy a hacer... siempre desgraciado”. Se fue, y tomó sus pertenencias: su ropa, su machete, su tecomate... Se despidió del señor, y se fue.

Allá en el camino, lo alcanzó un señor en una mula, y se fueron platicando. El señor le contó que acababa de hacer un negocio en el que le había ido muy bien, y que iba a pasar la noche en un pueblo cercano.

-Mire -le dijo el señor-, yo me voy a ir por esta veredita. ¿Nos vamos por aquí? Por aquí salimos más cerca.

El lo iba a acompañar, cuando se acordó del consejo...

-Mejor..., mire, mejor yo me voy a ir por el camino, váyase usted por la vereda.

El otro lo rogó; pero él no quiso, y se fue por el camino.

Al otro día, la gran bulla en el pueblo... que habían matado al señor en esa vereda. Le habían salido unos ladrones y por quitarle el dinero, lo habían matado.

"Ve", dijo él, "de la que me libré. A mí me hubiera 'caído la viga': hubieran dicho que yo lo había matado en la vereda, o me hubieran matado a mí también... Está bueno el consejo: lo voy a poner siempre en práctica". Se despidió de la gente que le había dado posada, y siguió su camino.

Al entrar la noche, pidió posada en un pueblo. En la casa en que lo recibieron, notó que había una muchacha encadenada de las manos, que lloraba y pedía auxilio, pero la gente de allí no le hacía caso. El tuvo la intención de preguntar por qué era que la tenían así: si era castigo el que le habían impuesto, o por qué... Pero se acordó del otro consejo: "No preguntes lo que no te importa", y no preguntó.

En la mañana, él tomó su desayuno y, después de agradecerle a los señores de la casa, preparó sus cosas y se fue.

Al poco rato de caminar, lo alcanzó un muchacho, pidiéndole que regresara.

-Venga -le dijo el muchacho-, le vamos a hacer un obsequio.

-¿Y eso de qué? -le preguntó él, y lo siguió hasta la casa. Al llegar a la casa, le dijo el papá de la muchacha:

-Usted se ha ganado una gran fortuna... Por no haber preguntado por qué estaba mi hija así en ese castigo, el maleficio se le quitó, porque una bruja la tenía así, castigada, hasta que hubiera una persona que no preguntara por qué estaba así; y luego, como usted no preguntó, usted la salvó, y yo había prometido esta fortuna para la persona que me la salvara. Así que ésta es su recompensa.

-Pero yo no he hecho nada... -le dijo él.

-Pues sí, pero como usted no preguntó, usted es el dueño.

Y le dieron al señor una gran cantidad de dinero, junto con un arma para que se defendiera en el camino. El lo echó todo en un costal, y siguió su camino.

Después de andar como un año, finalmente llegó a su casa. Primero se acercó por la ventana, y, para su sorpresa, vio que su mujer estaba acariciando a un muchacho...

-Eh... -dijo, poniéndose pálido-, mi mujer ya tiene otro marido... Yo le pego un balazo a éste.

Ya iba a dispararle al muchacho, cuando se le vino a la mente aquel consejo: "No rompas con la primera". "Es cierto", dijo, "cómo voy a matar yo a éste sin averiguar quién es primero". Y tocó la puerta.

-¡Ay, mi papá! -exclamó el muchacho, que era el menor de sus hijos y que había crecido mucho durante todo los años que él estuvo lejos.

-¡Mi marido! -dijo la mujer-. ¿Y qué tal te ha ido?

-Pues me fue bien -les dijo, y tiró el costal con el montón de dinero-, miren...

Y todo fue alegría en aquella casa desde entonces.

101

... para a realização de ...
... a ...
... a ...

FEDERICO GALLARDO

Había una vez un hombre llamado Federico Gallardo al que le gustaba mucho jugar a la baraja. Cuando murió su padre, se dedicó a jugar con el dinero que él le había dejado en herencia, hasta que se lo terminó todo.

Una vez, llegó a su casa nuestro Señor Jesucristo.

-Federico -le dijo-, ¿me das posada?

-Cómo no, Señor, pase, con mucho gusto -le respondió Federico.

Entró el Señor, y llamó a sus discípulos:

-Pasen, muchachos -les dijo.

Se asombró Federico de que entraron doce detrás de El... “Ve que ‘fregada’ me pegó el Señor”, pensó, y empezó a buscar qué darles de comer: les dio huevos, frijoles, café..., y alcanzó para todos.

En la mañana, le dijo el Señor a Federico:

-Mirá, Federico, quiero recompensarte con algo. Pedime tres

cosas que necesitéis.

Antes de que el Señor terminara, había sacado una baraja, y le dijo:

-Mire, Señor, que nadie me gane una partida jugando con esta baraja.

-Concedido, Federico -le contestó el Señor.

Federico hubiera querido que el Señor se fuera para probar si era cierto...

-Pedime las otras dos que te faltan -le dijo el Señor.

Federico no hallaba qué pedir...

-Ah..., mire, Señor, que el que se suba a ese naranjo no se baje sin mi permiso.

-Concedido -le respondió el Señor-. ¿Y qué más? Te falta una...

El ya no quería pedir más, pero sólo por no desaprovechar la oportunidad, le dijo al Señor:

-Mire, que el que se siente en ese escabel, que no se levante sin mi permiso tampoco.

-Concedido, Federico.

Para Federico lo importante era la baraja...

Así que se despidieron, Federico se fue a conseguir un poco de dinero, y se fue al pueblo..

-¡'Muchá' -decían todos-, allí anda Federico! ¡Allí anda Federico!

Pero Federico andaba consiguiendo otra baraja igual a la que él tenía, y la consiguió pronto en una tienda.

-¿Y qué tal, Federico? -lo saludaban- ¿vamos a jugar...?

-A la noche jugamos, a la noche jugamos -les respondía Federico.

Y así se divulgó la noticia de que esa noche iba a jugar Federico Gallardo.

En la noche, Federico empezó jugando con la baraja que había comprado: unas se las ganaba Federico, otras se las ganaban a él, y así, tomando sus copitas, se estuvieron hasta bien entrada la noche. De repente, en una de tantas, Federico se metió la nueva a la bolsa, y sacó la suya... no le pudieron ganar ni una partida...

-¡Qué suertudo viene Federico! -decían todos.

Al otro fin de semana, volvió a llegar Federico al pueblo.

-Allí viene Federico. Hoy si le vamos a ganar -decían los jugadores del pueblo.

Y sucedió lo mismo: les metió primero la nueva, y luego la virtuosa, y les ganó a todos. Y así, en pocos días, Federico rehizo su capital.

Un día, Federico se acordó de tres amigos que tenía, que por culpa de él los habían mandado a la horca, porque él les había enseñado a robar. "Estos pobres deben de estar en el Infierno", pensaba Federico. "Yo voy a sacarlos de allí", se dijo, y se fue al Infierno. Al llegar al Infierno, tocó el portón.

-¿Quién? -preguntó el Diablo.

-Yo, Federico Gallardo -respondió él.

-¿Y qué querés, Federico? -le preguntó el Diablo.

-Que juguemos unas partiditas -le dijo Federico.

-Con mucho gusto -le respondió el Diablo-, pero ya sabés: yo contra el alma juego...

-Ah, no importa, mi alma es tuya si me ganás una partida -le dijo Federico.

-Adelante, pues -le dijo el Diablo, y lo dejó pasar.

-Sabés qué -le dijo Federico al Diablo, antes de que comenzaran a jugar-, por cada partida que yo te gane me das un alma.

-Convenido, Federico -le dijo el Diablo.

El Diablo tenía seguridad de que le iba a ganar, porque al Diablo nunca se le gana...

Empezaron a jugar..., y Federico le ganó la primera.

-El alma de Fulano -dijo Federico.

Se la llevaron, y él la metió en una bolsa que tenía.

-¿Jugamos la otra? -le preguntó Federico al Diablo.

-‘Juguémola’, Federico -le contestó el Diablo.

...Y le volvió a ganar Federico. El Diablo estaba que echaba chispas.

-El alma de Fulano -pidió Federico, y se la llevaron.

El Diablo empezó a incomodarse, y decía:

-¡Ah, qué calor!

-Juguemos, hombre, juguemos -le decía Federico. Y jugaron otra partida. También se la ganó, y así recuperó las almas de sus tres amigos.

-Ya no aguanto el calor -dijo el Diablo-. Mejor afuera, Federico -le propuso.

-Va pues, juguemos afuera -convino Federico.

Cuando salió Federico, cerraron la puerta...

-Échenle doble cerrojo -dijo el Diablo-, porque éste me deja sin almas aquí. Me llevó tres almas.

Cuando vio Federico que lo dejaron afuera, se fue para su casa.

Al llegar a su casa, colgó la bolsa con las almas en un clavo en la pared.

-Aquí al menos no sufren -dijo Federico.

Y así siguió Federico, jugando en un pueblo y en otro, haciendo mucho dinero.

Al cabo del tiempo, llegó la Muerte a visitarlo.

-Vengo a traerte, ya es tiempo que te vayas. Te piden allá... -le dijo la Muerte a Federico.

-Fíjate -le dijo Federico- que yo no estoy preparado: cómo no me 'avisastes' con tiempo...

-Ah, pero así me mandaron y qué voy a hacer yo -le dijo la Muerte.

Federico notó que la Muerte miraba las naranjas que tenía el árbol, y entonces se acordó de la trampa...

-Me regalás unas naranjas, Federico -le dijo la Muerte.

-Subite -le respondió Federico-, y en lo que yo arreglo mis maletas y unas cuentas que tengo pendientes por aquí, chupás naranjas.

Cuando regresó Federico...

-Mirá, Federico, no me puedo bajar de aquí -le dijo la Muerte.

-Y de allí no te bajás si no me das dos años más de vida -le dijo Federico.

-No Federico, no 'fregués', si es orden que tengo -le dijo la Muerte.

-Yo no sé, si no, allí pasás los dos años -le respondió Federico.

Cuando la Muerte vio que no podía hacer nada, le concedió lo que pedía.

-Pero mirá -le dijo la Muerte a Federico-, dentro de dos años estoy aquí.

-Magnífico -le dijo Federico, y se fue la Muerte.

A Federico se le olvidó lo del plazo, y siguió jugando. A los dos años, se volvió a presentar la Muerte.

-¡Hey...! -dijo Federico cuando vio a la Muerte-. Caramba... Bueno, qué se va a hacer. Yo hubiera querido que me dieras otros diítas más...

-Pero hoy no me 'trepo' al palo de naranja -le dijo la Muerte.

-No te subás -le dijo Federico-, pero mirá, echémonos una tacita de café, porque dónde lo voy a dejar así, que se quede el café perdido...

-Está bueno, Federico, dame una tacita de café -le dijo la Muerte, y se sentó en el escabel.

-Mirá, ¿y no me darás siquiera otro año más, no? -le preguntó Federico.

-Ah, no, hoy sí que no es posible, qué va a ser -le dijo la Muerte.

-Bien -le decía Federico a la Muerte, y trataba de convencerla de que lo dejara. Pero cuando se dio cuenta que nada podía hacer, le dijo:

-Bueno, allá vos, pues. Si querés, nos vamos.

La Muerte quiso pararse, pero no pudo.

-No te levantás sin mi permiso, y no te levantás si no me das otro año -le dijo Federico.

-Ay, Federico, mirá que me van a regañar... -le decía la Muerte.

-No -le dijo Federico-, no te vas si no me das otro año.

-Concedido, pues, Federico: otro año más, pero sólo eso. La próxima, desde allá te voy a llamar -le dijo la Muerte, y Federico la dejó ir.

Federico siguió llevando la misma vida: jugando y despilfarrando. De repente, se le venció el plazo...

-Aquí vengo, Federico -lo saludó la Muerte-, y hoy si no hay permiso de arreglar cuentas ni de nada. Ya de una vez te venís.

-Esperate -le dijo Federico, y tomó la bolsa con las almas.

-Ah, no, Federico; esas almas son del Infierno, y a vos te quieren para la Gloria. Nuestro Señor te manda a llamar.

-Pero mis amigos se van conmigo -le respondió Federico.

-Ah, no, cómo va a ser -le dijo la Muerte-. Así te llevo al Infierno...

-Pues llevame al Infierno -le respondió Federico.

-Por causa de esas almas, te vas a ir al Infierno -le dijo la Muerte.

-Pues llevame -le dijo Federico-, pero yo a mis amigos no los dejo.

Llegaron al Infierno, y tocaron la puerta.

-¿Quién? -preguntó el Diablo.

-Aquí te traigo a Federico Gallardo -le respondió la Muerte.

-¡Andate con él por allá!. Ese me deja sin almas aquí. Pónganle cerrojo, muchachos -dijo el Diablo.

-Ah... -decía la Muerte-, ¿y ahora qué hago con vos, Federico? Dejá las almas aquí, y te vas vos.

-No -le dijo Federico-: mis almas, cómo las voy a dejar yo.

-Bueno, vamos a la Gloria, pues, a ver qué dicen allá -propuso la Muerte.

Llegaron a la Gloria, y les abrió San Pedro.

-Mirá, Pedro -le dijo la Muerte-, aquí traigo a Federico; pero trae unas almas del Infierno, y éstas no pueden entrar aquí.

-De veras, pues... -dijo San Pedro-. Vamos a consultarle el caso a nuestro Señor Jesucristo.

Entonces, llegó San Pedro con Jesucristo a donde estaba Federico.

-Bueno, Federico -lo saludó el Señor.

-Señor -le dijo Federico-, me mandaron llamar; pero fíjese que no me quieren dejar entrar ni en el Infierno ni aquí en la Gloria.

-Ay, sí, Federico -le dijo el Señor-. Vos sí podés entrar, pero esas almas no son de aquí, son de allá.

-Señor -le respondió Federico-, cuando Usted me pidió posada, no me dijo que iban a entrar doce, y yo no le puse ningún reparo. Y ahora yo que sólo traigo tres... -le dijo.

-Tenés razón -le dijo Cristo-; pero que no se cuente esto...

Y así, Federico entró en la Gloria con sus amigos.

GLOSARIO

Acceder. Consentir en lo que otro solicita o quiere.

'Arreye'. Arree (de arrear).

'Avisastes'. Avisaste.

'Ay'. Allí o ahí.

'Cachas', 'cachitas'. Intentos.

'Caer(le) la viga'. Responsabilizar a alguien de alguna acción negativa.

Caite. Sandalia tosca de cuero.

Cómoda. Mueble para guardar ropa.

'Cozan'. Cuezan.

'Chumpipe o chompipe'. Pavo.

'Chumpe'. Diminutivo de 'chumpipe'.

Escabel. Asiento pequeño hecho de tablas, sin respaldo.

'Fiado'. Lo que uno vende sin tomar de presente lo que debe recibir.

'Fregada'. Acción y efecto de 'fregar'.

'Fregar'. Fastidiar, molestar.

Incredulidad. Repugancia o dificultad en creer una cosa.

'Juguémola'. Juguémosla.

‘Matémola’. Matémosla.

‘Masucho’. Manojó.

‘Muchá’. Expresión utilizada para llamar a los amigos.

Novilla. Res vacuna de dos o tres años, en especial cuando no está domada.

Ogro. Gigante que se alimenta de carne humana.

Persuadir. Inducir, mover, obligar a uno con razones a creer o hacer alguna cosa.

‘Pisto’. Dinero.

Polletón. Cocina antigua.

‘Pushito’. Poquito.

Real. Moneda de cambio usada en Guatemala en el siglo XIX y principios del XX.

‘Tregar’. Subir.

Vereda. Camino angosto, formado comúnmente por el tránsito de peatones y ganados.

Este libro contiene cuentos tradicionales del oriente de Guatemala. Puede ser utilizado como libro de lecturas complementarias en los últimos grados del nivel primario.

Otros títulos de la serie:

Vamos a la vuelta (nivel 1)

Aventuras de animales (nivel 2)

El tigre cuto (nivel 3)

Cuentos maravillosos (nivel 4)

